

UN REGRESO SIN MAÑANA

Gilberto Castellanos/Taller Literario de Puebla

Lo más precioso de la vida es precisamente su incertidumbre

Kenko: *El libro del ocio*

—¿Volverás mañana?

—No sé.

—¿Cuándo?

—Si supiera te lo diría.

— ¡Bésame!

—Si te beso me quedo aquí toda la tarde.

— ¡Sólo un beso, no tu amor entero!

Charco se regresó desde medio pasillo y la besó. Elia sabía que era el último. Presentía que no volvería.

—¿Me recordarás?

Le gritó ahogando un sollozo inútil. El volteó y le agitó la mano.

Al llegar a la esquina se quedó pensativo los segundos que dura la luz roja del semáforo. Dio un golpe sobre la mano derecha y se regresó a toda carrera. Tocó la puerta aparatosamente. Elia no salía de su asombro. Charco arrojó la maleta sobre el sofá, cerró la puerta tras de sí y la levantó en vilo.

— ¡Vengo a besarte como te gusta!

Ella irradiaba esa dicha rara que se produce después del dolor provocado por algo perdido pero que al recuperarlo devuelve para siempre la seguridad de no perderlo jamás.

Antes de llegar a la alcoba ya estaban desnudos. Sin palabras, había sensualidad hasta en el roce del piso fresco con las plantas de los pies. Elia veía que por su rostro anguloso se resbalaba una tristeza extraña, sus ojos oscuros se habían hundido más. Pero no dudaba que también era dichoso.

Elia lo entendía. Lo adivinaba perfectamente con ese sentido que en algunas mujeres parece estar más allá del sexto. Y como si respondiese a una exigencia de profunda intimidad, ansiaba en ese instante limitar el espacio y poseer el tiempo, detenerlos, manejarlos a voluntad, hacerse insensible a la insistente presencia de las cosas y ser más amante, más de él, hacer eterna aquella tarde. “Sí, ya sé que es la última vez.”

Su pasión era la prueba irrefutable del amor de ayer, de hoy, de siempre. Un contagio inevitable. La emulación de la energía generadora de vital felicidad. Charco vertía en cada beso una sublimada realidad humana, una fe, y la infinita urgencia de contar con alguien.

“Ya no te veré, lo sé, lo sé.” Elia se escuchaba a sí misma desde muy lejos.

Se lo comunicaba a él con delicada humildad cuando podía abrir los ojos porque eran cerrados nuevamente por sus besos. Con exquisita ligereza Elia rechazó las caricias retirándose hasta el extremo del lecho para que Charco la contemplara. “Así no olvidará nada de mí.” Y él aceptó el magnífico ofrecimiento de su inquietante presencia. Para Elia fue realidad su deseo de eternizar aquella tarde y entreabrió los labios con una laxitud de total rendición. . .

—No pensé que volverías.

La voz de ella llegó a Charco como un soplo, no un soplo helado como el de la muerte, sino como un aliento de presencia eterna.

—¿Harás lo que te pedí?

—No sé qué hacer.

Resurgió el silencio inolvidable.

— ¡Hazlo!, te esperaré siempre. . . siempre.

Elia afirmó en su oído con palabras quedas, llenas de seguridad, acompañadas de una humedad silente, abismal y suplicante que emanaba de sus ojos.

—No puedes dudarle Charco. . . te esperamos.

Insistió repetidamente Elia: “te esperamos”, al mismo tiempo que rozaba suavemente su vientre terso, redondo, primario, que ya no estaba solo, que ya no ansiaba la presencia divina del don del hombre, que ya no era un vientre abandonado en la esperanza. Lloraba y sonreía palpando su excelsa redondez como si ya acariciase una cabecita idéntica a la suya, o una cabeza como la de él, de pelo ralo, ojos ausentes y sonrisa sensual.

Desde el departamento de Elia, Charco caminó pocas cuadras para llegar a la terminal. Esa noche había mucho pasaje. Compró una revista y no pudo leerla. Estaba impaciente. Un policía se paró frente a él y lo recortó cínicamente de pies a cabeza. Fue breve. Charco quiso salir de ahí a toda carrera. Se reprimió. Abrió otra vez la revista y se quedó con la cabeza caída. Minutos después alzó la vista, el agente ya no estaba. Ansiaba escuchar la orden de salida desde los altoparlantes. Charco conversaba con una señora cuando el de azul se detuvo frente a ellos otra vez. Segundos después llegó otro guardia. La huida era imposible. En la entrada principal estaba una patrulla. La señora, al notar la turbación de Charco comenzó a hablarle con voz más fuerte y enfática girando todo su cuerpo sobre el asiento hasta quedar muy cerca de él. Charco le agradeció el gesto sin darle explicaciones. Y cosa rara, como mujer, la señora no demostró interés en el asunto.

Pasada la media noche el autobús partió.

La máquina se desplazaba silenciosa sobre la autopista.

Lejos se fue quedando el resplandor de la ciudad como si fuera la coruscante cualidad de un diamante gigantesco que se destaca en la mina virgen. Charco se regocijaba contemplándolo. El extenso valle absorbió aquella luminosidad y él se quedó en un estado de inercia sensitiva. Se levantó buscando comodidad sobre el brazo del asiento. El interior del autobús era un mundo inerte y oscuro ocupado por bultos de carne en estado de latencia. Un molesto ronquido interrumpía de vez en cuando el quedo rumor del motor. Ese resoplido de animal dejadez se figuraba el único hálito de vida en aquel aislamiento móvil. A través de la ventanilla de cristal polarizado, Charco atendía al horizonte incierto a veces lejano, otras demasiado cerca, pero siempre poblado de siluetas también inciertas. La luz del autobús era un designio en las tinieblas. A él le urgía avanzar igual: con luz en la noche del destino sobre un camino perfectamente definido. Cada fumada era un gancho que jalaba pacientemente recuerdo tras recuerdo. Todo era reciente en su corta existencia y rechazaba toda salida para andar las jornadas lenitivas del arrepentimiento. Compungirse de ser cómplice le parecía absurdo. Lo

esperaban al día siguiente. Debía seguir. Empeñó su palabra. Elia así lo había comprendido.

Cuando el autobús cargaba combustible se despertó. Desde lejos llegaba un leve sonar de campanas. Quizá la primera misa, la primera imploración para que el día fuera mejor que el anterior. Las palomas se elevaban muy alto con el deseo de recoger los pétalos de geranio que lanzaba el sol. El frío entraba al autobús desde la puerta abierta.

A las tres horas hizo otra parada de veinte minutos. Charco compró todos los diarios después del almuerzo. Sólo encontró una reseña tan veraz, que la leyó varias veces. No había duda. Los andaban buscando. Lo invadió un estado de excitabilidad que no lo dejaba estar en una sola posición. Consultó el reloj y faltaban todavía cuatro horas para llegar. Naso y Riles lo esperarían únicamente esa misma tarde.

En la última terminal ya no bajó del autobús para comer. Abrió la pequeña maleta y ahí mismo ingirió algo que Elia se esmeró mucho en preparar. Había muchos policías, andaban de un lado a otro. Le extrañó que hubiera tantos. Ya cerraba su equipaje cuando vio que los policías subían a los autobuses estacionados en los andenes. De un impulso colocó el maletín sobre el portabultos y reclinó el respaldo del asiento haciéndose el dormido. Rechinó el autobús por algún lado moviéndose ligeramente. Pasos metálicos comenzaron a avanzar por el pasillo. Se detuvieron. Oyó que voces ásperas interrogaban a las personas que estaban sentadas adelante. Contestaron un señor, una señora, y la voz de una señorita se escuchó quebrada. Probablemente se asustó. Los pasos se acercaban más. Otras voces respondiendo a las mismas preguntas. Pasos. Otra voz. Voces. Una mano tosca le apretó el brazo derecho.

— ¡Hey! . . . despierte.

Charco se impresionó no tanto por la voz sino por el apretón inesperado. Pensó que ya lo habían apresado. No abrió los ojos luego y segundos después de simular que dormía profundamente forzó un sobresalto y miró boquiabierto a dos policías que estaban comiéndoselo irónicamente. Preguntó:

— ¿Qué desean?

— Su identificación.

— ¿Por qué razón?

Charco apenas podía articular palabra.

— Es una medida de seguridad, señor.

— ¿Sucedde algo?

— Ya sucedió.

Le contestó a secas el policía desviando la vista hacia su compañero y se puso a revisar la cartilla de Charco. Al leer este nombre no disimuló una sonrisa irónica. Auscultaba su rostro corroborándolo con el retrato sin retoque tratando de grabárselo definitivamente. Su compañero estaba atrás. No había dicho media palabra. Este comenzó a carcajearse de tal forma que la gente de adelante se volteó a verlo. Charco sintió quedarse estático al encontrarse con su mirada gris, apuntalada por una risilla aguda, de perro, que sustituyó a la sonora carcajada. Esos ojos denotaban la desconfianza y la traición despiadadas.

El can se sentó con ademanes pedantes en el asiento de junto haciendo que su colega se corriera hacia un lado. Con sarcasmo ladino se desternillaba para hacerse oír hasta afuera si era posible.

— De manera que viaja usted.

Espetó el perro a Charco con un gruñido que arrastraba las palabras.

— Sí señor.

— ¿Y su equipaje?

Cada palabra del policía era para Charco un clavo que lastimaba más su nerviosismo. Los ojos grises no percibían súplicas.

—Es esa maleta.

— ¡Párese y tráigala!

El se puso de pie y el ojo astuto lo midió con una mirada precisa: alto, hombros caídos, pelo ralo, imberbe y de una notable y angulosa palidez. “Tiene miedo.” Pensó el otro policía que anotaba datos en su agenda.

— ¡No, mejor déjala!

— ¿Entonces por qué hizo que me parara?

— Por nada señor, por nada, ji, ji, ji. . .

— ¡Vámonos!

El otro policía devolvió la cartilla a Charco al mismo tiempo que se retiraba. El can dolococéfalo caminó silencioso deteniéndose en cada asiento para voltearse y ver a Charco. Se dibujaba en su boca apretada un rictus maligno, agudo, sordo; sus últimos pasos sobre el pasillo fueron de escándalo.

Charco no se movió de su asiento. Estiró la mano y sacó el revólver que había escondido en la ranura que separaba el respaldo del asiento contiguo. El cigarrillo que fumó le supo diferente. Era de sabor a miedo. El matrimonio y la señorita de adelante lo miraban con indiscreción. Hablaban en voz baja. A Charco le pareció que lo acusaban, que la honradez de esas tres personas lo señalaba y lo castigaba como si fuera la aparente probidad de una sociedad entera que pena cualquier delito exagerando insignificancias cuando la recia personalidad de la Justicia no es otra cosa que el simple tintineo del dinero. Apagó el cigarrillo y lo echó fuera. Tenía la boca seca.

Charco nunca se imaginó que llegaría a encontrarse en esa situación inverosímil que lo arrastró al delito. No tenía motivos firmes para hacerlo. En la Facultad de Leyes se respiraba un aire de superioridad donde se aprendía más de la vida que conocimientos académicos. Su experiencia vital era casi completa a pesar de las reprimendas de sus padres. Sobre todo, Charco buscaba esa emulación de la que hablaba el catedrático de Psicología Tomista pero no la hallaba.

Estiró los brazos moviendo la cabeza para amenguar la dolencia del cuello por tanto estar sentado, rompió la pesadez que cerraba sus párpados como si saliera de sí y vio que la gente de la estación estaba disecada, rígida. La guardia no cesaba. Aquello era movimiento, diesel quemado, todo un festival de fisonomías y actitudes masivas colgadas del perchero de la rutina. Charco deseaba ser inmune y no dejarse inyectar aquel formol social.

Ahí giraba el mundo civilizado. Gente, gente atiborrando cada metro cuadrado. También su espera de partir estuvo sujeta a los empujones instintivos dirigidos por esa molesta exudación que flota en la atmósfera y ese abandono forzoso en que se deja caer el individuo impotente ante la espera que promete poder partir y enfrentarse al destino. La exquisita frescura de Elia aún se desbordaba por todos sus sentidos fluyendo incontenible con esa sensualidad desgarrada e inmensurable que madura las fuerzas del espíritu y orienta el optimismo. Charco no lo ocultaba, desbordaba a pesar de todo una felicidad restringida y limitada por aquella masa sudorosa ya impaciente. ¡Aquel sudor inexorable de la costumbre! El estaba en su mundo ordenado por la mecánica única de la pasión en que los sentidos se extasiaron y el sexo dijo basta. Aquel incomparable entremés de la vida, a veces sin sentido, otras infinitamente animal y sublime, de sublime animalidad, retumbó y aulló en la tibia alcoba, una, mil veces, bajo la tibia relación hombre-mujer-sentidos-universo. “Esa urgencia tuya, ese fuego que nos incendia; de tu interior, de mi exterior; de cada arrebató que deseamos prolongar, detener, detenerme, de tenerte así, ardiente, celosa, mía. —Vuelve siempre, vuelve Charco. Me



dices. —Sí, siempre. Es lo único que sé contestar porque no tengo más palabras —¿Será como tú, será como yo? —Eso nadie lo sabe, no te anticipes a los rasgos de ese hijo nuestro. —Ven, ámame otra vez, otra vez, más, más. . .”

Tres semanas antes había conocido en una fiesta a Riles y a Naso. Los tres salieron de ahí casi borrachos cuando ya amanecía. Charco no se dio cuenta cómo se comprometió a ser su cómplice. Riles y Naso eran maleantes de oficio. A la noche siguiente Charco ya escuchaba el plan minucioso y perfecto. Tal proyecto le pareció irresistible. Deseaba saber lo que es infringir una ley y las voces de ellos tuvieron su efecto persuasivo ineludible. Y todo sucedió a la perfección.

La policía se relevaba continuamente. Charco cerró otra vez los ojos. Deseaba ser fuerte, maduro, adulto. Tenía que llegar con ellos. Lo esperaban. No debía huir.

Comenzó a moverse el autobús.

“¿Me reconocerían?” Se preguntó por quinta vez. “Vete, nos veremos pasado mañana.” “Ya sabes dónde.” “La policía no sabe nada de ti, ándate tranquilo.” Resonaban en su inquietud las voces de Riles y de Naso. “A ti no te conoce la policía. . .” Se le repetían con fuerza como si todavía estuvieran juntos, jadeantes, felices por el éxito.

Al llegar lentamente a la salida del autobús se detuvo. Charco no pudo evitar una mirada que lo atrajo. Abajo, frente a él, sobre la banqueta de la calle estaba el perro de los ojos grises con su sonrisa maléfica. La ventanilla estaba cerrada y el ruido del motor era muy fuerte, sin embargo, esa agudez gutural la oía en el asiento de junto. Descaradamente el policía le dijo adiós con la mano. Su sarcasmo denotaba la seguridad del lebel que ha olisqueado el rastro de la presa. No ladra para no espantarla pero su risa aguda es infalible. No la atrapa, lo frena el amo. El perro simplemente muestreaba la pieza.

Llegado a su destino de tan largo viaje, una señora que viajaba desde la frontera, antes de bajarse hablaba con alguien y como con desgano le dijo al chofer:

— ¡Si permanezco sentada una hora más se me borra la raya!

Y la risa de quienes la oyeron no se hizo esperar.

Charco pagó el “libre” y caminó despacio mirando unos escaparates. Así comprobó que no lo seguían. Tomó otro taxi bajándose cuerdas después, al entrar a una farmacia volvió a cerciorarse. Allí se estuvo más de media hora curioseando unas revistas. Luego tomó al azar un camión urbano, otro coche y al fin llegó al barrio donde lo aguardaban.

Resuelto caminó hasta la puerta de la vieja fábrica. Consultó el reloj y en ese minuto eran las cinco en punto de la tarde. Discretamente observó a su rededor encendiendo un cigarrillo y desapareció de ahí como una exhalación.

La penumbra espesa del interior era agria y húmeda. Inhalaba con fuerza el humo del cigarro para no respirar aquel abandono de yerbas y alimañas que se miraban claramente. Caminaba sobre materiales de deshecho y el ruido de cada ladrillo recibía como rápida respuesta un eco sordo desde todos los rincones. Carraspeó y creyó hacerlo dentro de un jarro. Cuando la fábrica funcionaba circulaban por ahí los camiones cargados desde las bodegas hasta la calle. Charco conocía el lugar casi a la perfección. Al llegar al final del pasillo lo deslumbró la luz de un cielo cuadrado, pequeño, suspendido por los altos muros. Como zorro que olfatea algo se frenó, miró hacia atrás. Comprobó que llegó solo. Hasta que estuvo en ese lugar disfrutó de una confortable serenidad. Nubes negras pasaban en forma de presagio siniestro anunciando algo terrible para él o para el mundo entero. El azul violáceo

desapareció de aquel polígono. Jaló aire hasta hastiarse y empujó una puerta oxidada. Desenfundó el revólver. Charco era zurdo y en la mano derecha llevaba la pequeña maleta. Caminaba en la bodega con pasos de gato deslizándose como un perfecto ladrón. Los pedazos de borra y la basura ligera se movían calladas, arrastradas por el aire que entraba por los cristales rotos de las ventanas. Cruzó pronto aquel espacio y se detuvo en otra puerta. La abrió. El chirrido de los goznes era muy fuerte en aquel encierro donde la humedad se hacía más penetrante. Charco no supo cómo controlar una ligera agitación de su labio inferior. Las piernas se le doblaban. Con todos los poros abiertos reaccionaba ante cualquier ruido. "Disparo si se mueve algo" pensaba absorbiéndolo todo como una esponja de sensible juventud. Un poderoso deseo de regresar hizo que volviera a abrir la puerta, el sonoro arrastre de las bisagras lo sacó de ese miedo y la puso otra vez como estaba. El techo de esa bodega era altísimo. Unos gorriones entraban y salían por las ranuras de las vigas desvencijadas. Amartilló el gatillo, no los conocía bien, Riles y Naso podrían cazarlo, traicionándolo desde aquellas ruinas. Charco presentía algo nefasto y se fue acercando a un cuarto pequeño, oscuro, sin puerta. Silbó quedamente. Nadie contestó. Miraba hacia atrás impaciente, hacia esa especie de caverna. Avanzó otros pasos y pudo percibir bultos y cajas en desorden; al fondo, a un lado, una puertecita. Casi brincando con todas precauciones llegó hasta ahí y tocó con los nudillos. Todo en silencio. Los pajarillos ya no cantaban. Volvió a tocar suavemente. Nada. Silbó otra vez. Silencio desesperante. Al fin, un silbido igual le respondió. Charco enfundó la pistola cuando se abrió la puerta recibiendo la descomunal nariz de un hombre diminuto.

Naso se quedó corto de palabras juzgando a Charco con ese gesto falto de discreción con que ciertas personas miran el aspecto exterior de sus conocidos. Charco reconoció el lugar. No había cambiado. Con cada movimiento rechinaba la duela podrida del piso. Para Riles y Naso fueron más de cuarenta y ocho horas de espera; le hicieron solemne promesa de esperarlo y ahí estaban, dinero y hombres como perros echados en espera fiel. El lugar era seguro, al sur de la ciudad. Las ruinas de la fábrica estaban rodeadas de casas rústicas. Naso despertó a Riles que dormía en unos cartones, éste despertó mirando a Charco y se fue directamente al paquete de comida sin decir media palabra. Naso esperaba ese momento y se abalanzó con esa expresión del hambre que ha segregado saliva inútilmente. Comían con avidez. Naso se guardó una torta en la bolsa del pantalón. Charco los miraba con piadosa misericordia como si realmente dependieran de él aunque venía con el deseo de no encontrarlos y quitarse de esa carga. "Déjalos, te van a perjudicar" le dijo Elia antes de despedirse. En su reloj se marcaban las cinco y diez. Apenas llegaba hasta el cuarto el ruido de la calle. Un penetrante olor a mostaza cambió los olores viciados de esa pieza cuyo techo era muy bajo y su cielo raso descendía hecho trizas rígidas como estalactitas.

Riles y Naso eran buscados y rebuscados por la policía quien más de una vez les achacó robos que no habían cometido. Verdaderos parias, erraban constantemente. Charco comprobó muchos detalles en ese momento en que ellos comían. Elia nunca le quiso decir cómo los conoció. La gigantesca nariz de Naso daba la impresión de que jalaba su cabeza hacia adelante. En Paracho la feria estaba en su plenitud cuando ellos paseaban. Una señora enseñó un fajo considerable de dinero. Riles esperó más allá. Naso galanteaba a la señora que se moría de risa tal vez por esa rareza de nariz; iba sola y se quedó sin bolso. La policía seguía desde muy cerca a Naso, se coló entre el gentío que presenciaba unos bailables en el momento en que ya anunciaban la "Danza de los viejitos". Se metió bajo el estrado y se cambió rapidísimo rompiendo la máscara de cartón, por ese agujero metió su nariz y sin proble-

mas de estética se la maquilló muy bien; danzando era muy versátil, lo ovacionaron; Naso se reía del director del grupo que contaba contrariado a sus bailarines; los policías ahí estaban y hasta se atrevió a danzar alrededor de uno de ellos y éste se lo agradeció con simpatía patriótica. Cuando se reunió con Riles en el hotel se emborracharon del chasco, eran sólo billetes chicos y al otro día se reían de las exageraciones de la noticia. “Mi nariz me sirve para todo.” Charco los escuchaba y se divertía Riles comía haciendo un ruido hueco con el paladar. “Come como un cerdo, hasta ahora no he logrado civilizarlo.” Riles se hacía sordo a los comentarios de Naso. “No hay prisa.” Charco ya deseaba irse y el locuaz de Naso decía lo mismo: “No hay prisa.” Eran ya las cinco y veinticinco; un trueno alargado se hizo escuchar, llovería de un momento a otro en esa tarde otoñal; con la vibración cayó un poco de polvo por los hilos del trapo raído. Un relámpago más interfirió la escasa luz que bajaba por el tragaluz. Riles caminó hacia una pequeña puerta de madera sacando una lámpara sorda, Naso dio a Charco otra lámpara. “Debemos terminar antes de que oscurezca.” Comenzaron a bajar por una escalera de madera que se estremecía a cada paso. “Uno por uno o nos iremos abajo.” A Charco le volvió la agitación de su labio inferior. Naso le alumbraba desde abajo cada peldaño que descendía. Una desconfianza que no experimentó antes lo embargó, podían acabarlo ahí, uno desde arriba o el otro desde abajo. Charco se detuvo a media escalera. “¡Qué esperas que no bajas!” La expresión jovial de Naso se transformó en un rostro enérgico y dominante que derramaba autoridad por su magna nariz. Charco lo veía en la penumbra a la que poco a poco se fue adaptando. Ese ambiente escupía fétidos olores. “¡Cómo no se vomitan con esta inmundicia!” pensaba Charco cuando sólo le faltaban tres peldaños. Tuvo un sobresalto al oír una risa aguda casi idéntica a la del perro de los ojos grises. Riles descendió rápidamente y al llegar enfocó brutalmente el rostro de Charco. “No temas chiquito ji, ji, ji.” Charco movió el brazo queriendo sacar la pistola, pero Naso lo sujetó con fuerza: “¡Qué te pasa si no es nada!” En aquella oscuridad interrumpida por la pálida luz de las lámparas, el reloj de Naso brillaba con su fluorescencia intensamente dejando ver las manecillas y los puntos de las horas. Riles caminó por el cuarto pisando levemente, la duela rechinaba dando la impresión de que se sumía. Charco se recargó sobre la pared y rechinó también. Encendió su lámpara y recorrió el desván. También las paredes estaban cubiertas de madera picada que con cualquier roce se movía. Reflejos plateados lanzaban a los ojos las telarañas colgadas en los rincones del bajísimo techo. Sobre una mesa a la que le faltaba una pata estaban cuatro sacos de lona. Riles cargó con dos, Naso con uno y a Charco le dejaron el más pequeño. Naso alumbraba la lenta subida de Riles. La escalera seguía amenazando venirse abajo. “¡Aquí te quedas y me alumbras!” Charco no pudo protestar y en la puerta de arriba la silueta de Riles ya sin los bultos era la de una bestia en acecho. Y otra vez esa risilla aguda que exasperaba a Charco. Antes de que Naso llegara arriba, Charco subió los primeros dos escalones. “¡No seas bruto, nos caeremos!” La voz imperiosa de Naso resonó en aquel cuchitril y Charco ya no se movió. “Ji, ji, ji... tienes miedo chiquito.” Era miedo lo que tenía Charco pero, ¿miedo de qué? ¿A que lo dejaran encerrado entre aquellas sabandijas sin ventilación? ¿A que lo asesinaran en la forma más despiadada desde esa puerta o a que rompieran la escalera desde ahí mismo para que ya no pudiera salir? Charco quiso gritar pero no pudo, ni sintió cómo maquinalmente ascendía esa escalera fatal sin palpar el peso de la bolsa de lona que quizá estaba vacía o llena de otra cosa menos de dinero; la bolsa no pesaba; ellos también ignoraban su contenido. La luz del cuarto fue la vida misma para Charco. Riles y Naso ya

desataban las bolsas y sacaban a montones billetes nuevos que para Charco en ese momento tenían el aspecto más asqueroso y vano. Hasta pensó en decirles que ya no lo quería y que les daba su parte con tal de que lo dejaran ir. Pero guardó silencio. Todas esas emociones estaban más allá de su imaginación y de su sensibilidad y las soportaba con el único afán de asimilarlas y de aumentar su experiencia. Por eso aceptó ser su cómplice: para saber lo que era aquello tan desconocido y atractivo a su natural inquietud. La imagen amorosa de Elia estaba con él en esos momentos en que su fe en el hombre se derrumbaba. ¡Esa forma de comer! ¡La risa de perro! ¡Aquella mezquindad manejada por la ambición! ¡El prurito de hacer sufrir con la diferencia de que los animales se destruyen definitivamente sin saber que una agonía prolongada es más muerte que la muerte misma!

El dinero iba de una mano a otra apilándose sobre los cartones del suelo. Así sentados rodeando el dinero eran tres sacerdotes profanos que adoraban a su dios único, diminuto, grandioso y maravilloso pero mal amigo, mal consejero, creador de caos masivos y de pasajeras dichas individuales pero irremediablemente imprescindible. Un silencio extraño los envolvió motivando su ambición. Charco luchaba consigo mismo. Cada segundo que pasaba, cada cantidad que colocaba en su lugar le decía que ese no era su camino. Se puso de pie mirándolos con una expresión indefinible, desconocida para él, Riles simultáneamente cogió el arma y Naso brincó hasta él como un felino. Lo sentaron nuevamente. Ellos pensaron que los aniquilaría y le quitaron el revólver. Hubo pocas palabras y después, ese silencio interrumpido por el crujir de la duela. Papel nuevo, proyectos nuevos aflorando en ese medio de abandono y de tensión. Se miraron unos a otros con caras desconocidas para Charco. Naso sudaba, Riles manipulaba magistralmente los billetes como todo un empleado bancario. El dios de la vanidad seguía emanando con profusión de las bolsas y no les bastaría lo que quedaba de la tarde para contarlo todo. "Debemos terminar hoy." Riles cambiaba de posición continuamente, hincándose, sentándose, sus escasas palabras eran cortas y sonoras como vómito de carbono de una máquina; nervioso, esclavo de tics giraba la cabeza hacia todos lados buscando algo sin encontrarlo, no le quitaba los ojos de encima; un ansia continua de abrir puertas y ventanas para asimilar la totalidad del día, de la noche, ser de la naturaleza y huir del encierro: "aquí no nos amamos, vamos al patio o a la azotea", "pero nos van a ver", "¡y a mí qué me importa!", y siempre la subía a fuerza hasta llegar al último piso del edificio donde la entrega era absoluta con la ciudad abajo cuando el sol ya se ocultaba como en esos minutos en que la ansiedad y el dinero seguían escurriendo entre sus dedos. El día cansado se filtraba por el tragaluz, tenue, gris, y el rostro de Riles que volaba suspendido en sus recuerdos tenía para Charco el aspecto de un hombre maduro, experimentado, que antes no había descubierto. Miró a Naso y también su cara estaba ajada y sombría. Charco pensó que el dinero los envejecía, sus pasiones vanas e incontenibles manifestaban un desgaste espiritual palpable que desde ahí ya afectaba sus rostros. Charco no sabía si seguirlos hasta el final. Todo era tan novedoso y sorprendente que nunca imaginó que en el hombre todo se da, todo existe, sólo es cuestión de encontrárselo o de hallarlo en uno mismo.

Algo sonó con estrépito en las bodegas. La reacción de los tres fue igual: rápida, astuta, admirativa y sin aliento. Riles llegó hasta la puerta y pudo ver cómo dos policías hurgaban entre los escombros. Haciendo un esfuerzo por serenarse la cerró volviendo a los cartones a guardar el dinero en las bolsas. Charco y Naso lo comprendieron perfectamente. Naso se adelantó seguido de Riles. Charco, el último, se quedó indeciso unos segundos; un destino inesperado se le imponía. No era imposible cerrar la puerta y correr a delatarlos y

delatarse. Eso fue lo que le pidió Elia la tarde anterior, pero la luz roja que salía del interior del sótano lo sacó de su arrobamiento y se dejó tragar dócilmente por aquella caverna. Cerró la portezuela con candado y la atrancó con un palo que le alargó Riles desde abajo. Ellos oyeron cómo la policía forzaba la puerta de la pieza anterior. Voces ininteligibles llegaban desde las bodegas. Cuidadosamente se fueron sentando en el piso dejando el dinero a la mano. Riles no dejaba de mover la cabeza de un lado a otro, Naso le dio un codazo porque al moverse rechinaba la duela. El aire era irrespirable pero se adaptaron pronto. Riles aspiraba de su pañuelo, de la camisa, de sus manos, tratando de cambiar el olor del oxígeno. Sabía que no soportaría aquel enclaustramiento por mucho tiempo. El corazón de Charco se le desbordaba hasta la garganta. Sólo Naso permanecía quieto, sereno, mirando que las seis cincuenta y dos eran brillantísimas en su reloj. Se cambió de posición varias veces y esa luz movable era idéntica a la luz vibrátil del lofio de las profundidades oceánicas a quien se le enciende un apéndice cada vez que ve pasar cerca a un pececillo presa fácil. Naso era un lofio en aquella confusión. Su reloj despedía su brillo intensamente. De frontera a frontera erraba continuamente en busca de amores igual que el lofio tiene que recorrer centenares de kilómetros para hallar a su hembra y morir pegado a su vientre en la más sorprendente de las uniones. Naso se guiaba en las tinieblas de la huida con esa luz de ansiedad que lo guiaba al placer. Costeño, dicharachero, simpático, con ese temperamento cálido que lo adaptaba a cualquier forma de vida y clima. Naso, el hombre sin nombre. "Naso: nariz." Fue lo que le dijo un maestro de la primaria cuando lo inscribió. Le gustó ese nombre latino y por siempre lo llevó como si realmente el bautismo hubiera sido en un templo. Naso el huérfano, el recogido por la compasión inestable, el títere de la lujuria poseedor de la odiada nariz de los príncipes y dictadores, la milenaria nariz de la potencia sexual y de la castidad papal. Naso, un símbolo de lo inverosímil siempre hambriento, con los ojos enrojecidos por el insomnio y el alcohol, sin familia ni ideal alguno que le impulsara a superarse y a ver de otra manera su existencia, quedar muerto en un robo, salir ileso o quedar herido del cuerpo o del alma para él era lo mismo. Solamente las casas de placer costoso le hacían agradables los días en donde derramaba todo, al fin que el dinero le sobraba siempre, pero temeroso de ser reconocido. Y allí estaba en ese sótano con su nariz increíble esperando el momento de escapar y seguir errando. "Huiré al extranjero." Para él el extranjero era estar en lugares desconocidos fueran una plaza, un mercado, un teatro, una casa alegre que no hubiera visitado, tomar un camión urbano, vestir ropa importada pero siempre muy perfumado y presentable. Y su vida no cambiaba, era así con sus anhelos de extranjerismo que no lo llevaban más allá de sus costumbres. Lo importante estaba en ver las cosas de diferente manera como si fueran desconocidas. Así, su optimismo nunca lo abandonaba. "Mañana comeré hasta hartarme, dormiré hasta el hastío, me hace falta. . ." y sacó de la bolsa del pantalón su torta y comenzó a comérsela.

Charco no movía un dedo. La policía ya hacía ruido en el cuarto de arriba. Los separaba esa escalera carcomida por donde bajaba a los ojos de Charco la imagen del perdón y de la libertad o por donde saldrían en cuestión de segundos los balazos de la angustia. La puerta no cedía. Naso se arrastró hasta abajo de la escalera y Riles lo encañonó sin saber por qué. Charco vio también cómo se deslizó silenciosamente la luz fluorescente del lofio. Disparar a la luz era arponear al pez.

Los tres escucharon unos ruidos apenas perceptibles que venían desde abajo de las duelas del piso. Una tensión poderosa flotaba en la oscuridad. Largos segundos. El polvo y la polilla caían sobre sus cabezas con cada paso

de los agentes. Los muros cubiertos de madera se estremecían con ganas de desplomarse. Desde muy lejos se fue acercando el ulular de una sirena hasta detenerse muy cerca de ahí. Riles se dio cuenta de que el sonido penetró limpio por algún lugar del techo y caminó buscando a tientas entre las separaciones de las vigas. Sus manos se enredaban entre las telarañas y sus ojos le ardían con tal fuerza que le era inútil mantenerlos abiertos. No podían encender su lámpara. Un camión pasó por la calle y el ruido lo escuchó con más claridad. Dos huecos más y su mano se hundió en una cortina de alimañas y una tela de alambre que cedió al menor impulso. Riles abrió los ojos, sus pupilas se refrescaron con el aire joven de la noche que acababa de empezar; una sonrisa honda, patética, estremeció todo su ser dejando en sus párpados una humedad anhelante del mundo abierto sin muros ni limitaciones y llenaba sus pulmones con bocanadas desesperadas tratando de recuperar el pedazo de vida ya perdido y enterrado en aquel sótano inmundo. Desde esa ventila pudo ver cómo unos niños jugaban bajo la luz de un poste. Un pequeño terreno baldío separaba a la calle de la fábrica. Naso y Charco se confortaban mirando el escaso rayo de luz que penetraba por la ventila. Llegó otra patrulla que se estacionó precisamente donde los niños jugaban trayendo un hormiguero de policías que se esparció rodeando la fábrica. Riles bajó del orificio y se acercó hasta ellos: "Ya nos pescaron." "Que les cueste trabajo" le contestó serenísimo Naso que fumaba un cigarro. "¡No fumes imbécil!" se atrevió a decirle Charco. Naso obedeció y avanzó hasta la ventanilla y escuchó el sonido del radio patrulla. Voces y pasos se fueron acercando hasta ese hoyo y Naso apenas tuvo tiempo para quitarse porque uno de ellos se asomó. La voz y la risa las reconoció Charco, no podía equivocarse: era el perro de los ojos grises. Hasta ese momento comenzó a temblar de pies a cabeza el imperturbable Naso. Pegado a la pared no se movió. Las voces y la risilla las escuchaba pegadas a sus oídos. Se fueron. El volvió a su lugar. La huida era imposible. Riles se restregaba los ojos. Aquellos ruiditos de abajo del piso se reanudaron con más insistencia, estaban intrigados porque no sólo llegaban desde el suelo sino también desde las paredes. Pasos y silbatazos, voces y movimientos rodeaban al sótano y dejaban caer más polvo. El frío era de muerte. Tenían las piernas casi tiesas. La polilla picaba su olfato. "¡No aguanto más!" Riles se dirigía a la escalera dispuesto a entregarse cuando Naso lo arrastró hasta el suelo haciendo con la caída un ruido que llegó hasta afuera. Riles, desmoralizado comenzó a gritar pidiendo auxilio y Charco pudo ver cómo la luz del lofio rasgó de la oscuridad un corto espacio hasta chocar con el bulto que se desplomó cimbrando la madera. Un quejido ahogado y pavoroso invadió a Charco. "¡Salgan de ahí!" gritaba la policía y la puerta se mantenía firme. Charco quitó el seguro de su revólver y se aisló de Naso que estaba agazapado debajo de la escalera, pensaba cómo hacerlo salir y entregarlo, entregarse, auxiliar a Riles que ya no se movía; se acercó hasta él y lo palpó, iluminó su cabeza, la sangre salía a borbotones por la zona del temporal derecho, no supo qué hacer y apagó la lámpara, sabía que si gritaba lo acribillarían Naso y no deseaba quedar también ahí lejos de lo que ya había hecho con sus buenas notas en la facultad, lejos de sus padres y del verdadero consuelo que le prodigaba Elia, "ese hijo nuestro que también te espera, te esperaremos Charco. . . no puedes dudarle ¿regresarás? . . ." en ese momento crucial pudo entender el significado de la honradez y del esfuerzo de una vida digna; sentía en esa oscuridad el dinamismo y la vitalidad juvenil y todo lo que con ella se puede alcanzar. Naso ya respiraba el olor de la sangre caliente, aún tenía límpida la visión del cadáver de Riles. El "¡está muerto!" oportuno de Charco confirmó su presentimiento. Como autómatas Naso se arrastró hasta

el cuerpo y lo jaló hasta un rincón. El ruido de abajo aumentó más y más. Parecía que caminaban y corrían animales. Charco dio un salto. “¡Ratas!”. El aire estaba saturado de sangre fresca. Arriba pasos y en la puerta empellones. Polvo y polilla cayendo, demoliendo el techo. Naso queriendo conservar la serenidad. De pronto la luz de una lámpara penetró por la ventanilla hurgando entre las vigas del techo descendiendo palmo a palmo por la pared opuesta. Haciendo un esfuerzo supremo de valentía Charco imitó a Naso y se tiraron al suelo cuando la luz casi pasó rozando el cadáver. Ellos tampoco respiraban. La luz se detuvo en uno de los rincones ascendiendo poco a poco hacia la escalera localizando la puerta sellada. Las telarañas lucían de plata. El círculo luminoso cruzó el muro de madera y se detuvo en el otro rincón, subió y bajó despacio iluminando las rendijas de la duela; le brillaron los ojos a una rata gigantesca en el momento preciso en que la luz se retiraba. Charco y Naso la vieron y no pudieron reprimir un impulso de asco. Chillidos agudos, pasitos entre la madera, saltos desde las tablas de las paredes, ratas que caían desde las vigas del techo, un hedor espeso de mugre llenó la oscuridad y poseídos de pavor no hablaban ni se movían. Charco sintió que sobre su zapato pasó un animal y lo enfocó sin identificarlo entre las decenas de roedores que ya habían infestado el cuerpo de Riles. Naso no soportó más aquello y corrió dando saltos sobre las ratas y alcanzó la escalera gritando como loco, disparando en las sombras hasta llegar a la puerta que ya lo esperaba abierta.

En toda la colonia se escuchó una balacera cerrada.



José Arcadio